

TRIBUNA MALAQUEÑA

Escurrir el bulto y atribuir a los demás la responsabilidad de nuestros fracasos y nuestras penas es un pecado contra el que pocos podrán tirar la primera piedra. El autor de artículo no cree que ningún moralista se

atreva a situar esta falta entre las peores, pero puede llegar a ser un vicio peligroso cuando se extiende sistemáticamente por una sociedad y se transforma, como de hecho ocurre, en la excusa perfecta para la inhibición.

La teoría de la conspiración

ANTONIO J. DIEGUEZ LUCENA

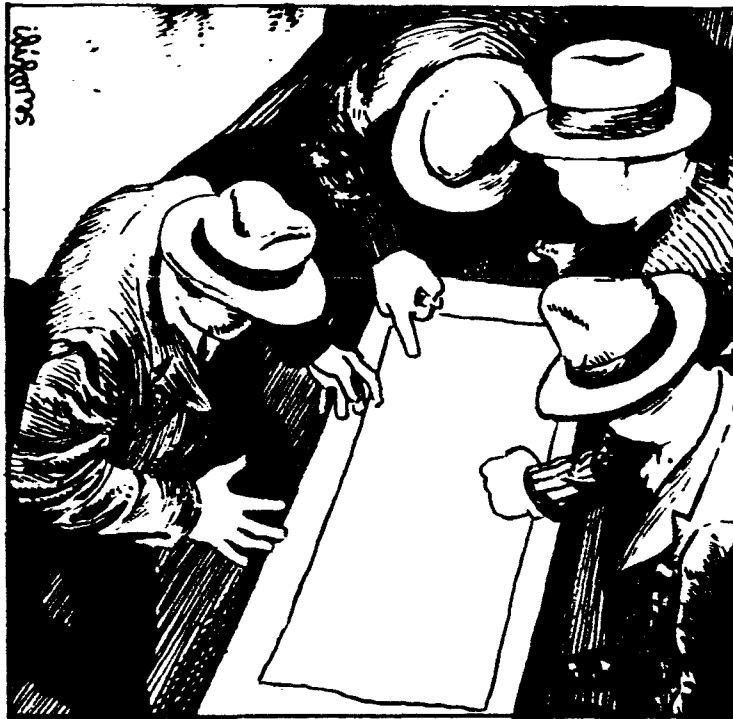
DESDE los tiempos más remotos ha sido una tentación difícil de vencer la de dividir el mundo en dos bandos cualesquiera: el de los buenos y el de los malos, el de los de aquí y el de los de allá, el de los blancos y el de los negros, el de los fieles y el de los infieles... Huelga decir que los que así proceden suelen incluirse inmediatamente a sí mismos en el bando de los buenos, los de aquí, los que todo lo merecen y no deben nada a nadie. Cuando se unen las dos cosas, el vicio de culpar a otro y el impulso de la bipartición maniquea, la mezcla se vuelve venenosa y surge la teoría de la conspiración.

En efecto, el razonamiento es muy simple: si les van mal las cosas a «los nuestros», no es por nuestra culpa, porque «los nuestros» son buenos y no cometen errores, la culpa es de «los otros»; pero como «los otros» son malos por definición, está claro que buscan nuestra ruina consciente y voluntariamente; es más, su fin principal y su mayor felicidad consiste en amargarnos la vida. «Los otros» conspiran sin descanso para nuestro infortunio, he aquí, pues, la causa de nuestros males.

¿Exagero? ¿Es esto una caricatura? Hay demasiados ejemplos cotidianos como para que así sea. En España la famosa conspiración judeomasónica, que junto con la pertinaz sequía y no sé qué de una reserva espiritual daba cierto contenido a la retórica franquista, terminó adquiriendo un carácter folklórico, pero en la Alemania nazi tuvo un resultado trágico. En los años más álgidos de la guerra fría (una guerra fría ha de tener necesariamente momentos álgidos) algunos países occidentales, de los cuales

por entonces España quedaba muy a trasmano, vivían con la angustia constante de una supuesta conspiración soviética para adueñarse del mundo. Poco después el péndulo osciló al otro lado y en algunos de esos mismos países, entre los cuales España ya se in-

ración de la derecha y de los empresarios en contra de sus personas como encarnación suprema de la esencia de su partido. Y ¿por qué no decirlo? muchos malagueños nos regodeamos con cierto masoquismo en la idea de que en otras provincias de nues-



cluyó presurosa, la lucha contra el mal adoptó la forma de un mítico y desigual combate contra las conspiraciones de la CIA y de las multinacionales para acabar con cuanto de libertad y dignidad quedaba todavía en pie. Pero hay ejemplos mucho más cercanos. La derecha de este país ha pasado los años de la transición con el miedo a una imaginaria conspiración de la izquierda para desposeer arbitrariamente de sus bienes a todo aquel que tuviera más de dos vacas. Algunos relevantes socialistas se obsesionan periódicamente con una conspi-

tro entorno se conspira para dejarnos sin nuestra tajada en el pastel de los presupuestos estatales y autonómicos y podérselo comer así todo ellos.

No estoy diciendo que el KGB, la CIA y las ansias de dinero y poder de algunos individuos o instituciones no hayan provocado tropelías. Algunas conspiraciones son menos imaginarias que otras. Lo que sí digo es que cuando se ven agravios por todas partes, la denuncia de los agravios degenera en victimismo y el victimismo sólo sirve para ofuscar.

Podemos seguir pensando así

si así nos place. Motivos en los que apoyar las sospechas de conspiraciones en nuestra contra nunca nos faltarán seamos «nuestros» quienes seamos, porque siempre habrá algo que nos vaya mal y ambiciones ajenas a las que culpar. Pero una cosa al menos nos debería quedar clara, mientras nos las habemos con el chivo expiatorio de turno, la causa real de nuestros problemas permanece y el tiempo que perdemos en responsabilizar al otro bando puede ser precioso para encontrar verdaderas soluciones a dichos problemas. El primer beneficio que obtendremos del abandono de la teoría de la conspiración será el permitirnos un análisis crítico de nuestros errores, lo cual, según me parece, es una condición indispensable para remediarlos. Y, no nos queda duda, la autocrítica y la eliminación de los errores propios son tan necesarios para resolver problemas como la crítica y eliminación de los errores ajenos.

La alternativa además resulta estremecedora: si creemos que la causa de nuestros males está en la conspiración de los otros, la única solución entonces está en acabar con la conspiración, y para eso lo mejor es conspirar contra ellos. El resultado es que todos terminaremos así metidos en alguna conspiración. Todos reunidos en algún corro en el pasillo de la oficina, el ministerio, la universidad o el taller creyendo que estamos arreglando el mundo cuando sólo estaremos dando rienda suelta al tribalismo, al resentimiento y a la venganza. ¿Alguien cree todavía que exagero?

Antonio J. Diéguez Lucena es profesor titular de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Málaga

Pintadas que no reivindicán nada

CARTAS
AL

na. Montse lee y escribe perfectamente, y entiende el sentido de esos mensajes, no hay por qué recordarle su situación a diario.

han cantado sus victorias a medida que se van produciendo, pero no han hecho excesivo hincapié en analizar la trascendencia de algu-